



AJUSTICIAMIENTO EN LA PLAZA DE COPIAPÓ, DEL “CHANGO” ARACENA

GUILLERMO CORTÉS LUTZ,
DOCTOR EN HISTORIA,
DIRECTOR REVISTA DE HISTORIA DE ATACAMA RHA.-



“ En la plaza, bajo la sombra se-
vera de los pimientos, el silen-
cio pesaba más que la madera
de la horca...,”

Era el sábado 5 de marzo de 1842,
día en que fue ejecutado en la plaza
de Copiapó Rafael Aracena, más co-
nocido como el “Chango” Aracena,
tras ser hallado culpable de un asesi-
nato cometido en las inmediaciones
entre las caletas de Chañaral y Taltal.
Su ejecución pública fue una de las
últimas registradas en la ciudad. Este
ajusticiamiento eran los resabios de la
antigua justicia de la Colonia, y tam-
bién era escarmiento y morbo para el
pueblo.

**PERO ¿QUIÉN FUE ESTE
PERSONAJE QUE LA
TRADICIÓN RECUERDA COMO
“CELEBRE Y POPULAR”?**

En la memoria minera de Atacama,
el nombre del Chango Aracena está
ligado a un explorador del desierto,
un aventurero, un vividor, un em-

prendedor, un personaje conocido en
su época, pero sobre todo la historia y
la leyenda lo relacionan a uno de los
derroteros más famosos del desierto.
Se decía que hacia 1840 habría descu-
bierto una riquísima mina de plata en
el desierto chañaralino. La noticia se
propagó con rapidez y muchos inten-
taron ubicarlo para participar de su
fortuna. Sin embargo, jamás entregó
la ubicación exacta del yacimiento.

En la tradición minera, un derro-
tero es un tesoro mineral cuya loca-
lización permanece desconocida tras
la muerte de su descubridor. El del
Chango Aracena es considerado uno
de los más célebres, entre los cerca de
cien identificados por Benjamín Vi-
cuña Mackenna en sus estudios sobre
la minería de Atacama.

El testamento de Aracena, con-
servado en el Archivo Nacional en
Santiago, menciona que la mina se
hallaba en la “Sierra del Salitral”, to-
pónimo inexistente en la cartografía
actual del desierto. La descripción —
una quebrada arenosa en la cima de

una sierra— ha sido asociada por al-
gunos investigadores con el sector co-
nocido como “Vaca Muerta”, donde
abunda el salitre.

Diversos autores han recogido esta
historia. Pedro Serazzi, en su obra
sobre el derrotero del Chango Arace-
na, sostiene que la leyenda posee base
histórica, apoyándose en testimonios
y referencias documentales, entre
ellas una publicación del diario El
Ferrocaril de Santiago en 1875. Por
su parte, el historiador Vidal Naveas
Droguett afirma que Aracena efecti-
vamente habría descubierto un ya-
cimiento extraordinario, pero no al-
canzó a disfrutarlo debido al crimen
que lo condujo a la horca.

La ejecución del Chango Aracena,
en el centro de la plaza marcó el fin
de su vida, pero no el de su misterio.
Historiadores como Carlos María Sa-
yago y el propio Benjamín Vicuña
Mackenna recogieron la tradición del
derrotero perdido. Según otra ver-
sión, el abogado Quezada, habría co-
nocido el secreto final, pero jamás lo

reveló ni intentó buscar la mina.

La ejecución del Chango Aracena
en la plaza de Copiapó —5 de marzo
de 1842— debió ser un momen-
to profundamente duro para la ciu-
dad: justicia ejemplarizadora, multi-
tud reunida, autoridad presente, y un
hombre que hasta poco antes había
recorrido libre el desierto de Ataca-
ma. Así, el Chango Aracena no solo
murió en el patíbulo levantado en la
actual plaza de la ciudad, sino que
también se llevó a la tumba la ubica-
ción de su supuesto tesoro, dejando
en el desierto de Atacama uno de los
mitos mineros más persistentes del
siglo XIX.